

Miguel Ángel Granados Chapa **Arnoldo Martínez**

Verdugo. En abril de 1975, en su informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista Mexicano, el secretario general Arnoldo Martínez Verdugo, incluyó el siguiente apartado sobre "la derrota del movimiento guerrillero":

"Un componente de la crisis política ha sido, hasta ahora, el movimiento guerrillero y las distintas formas de terrorismo a que recurren algunos grupos políticos.

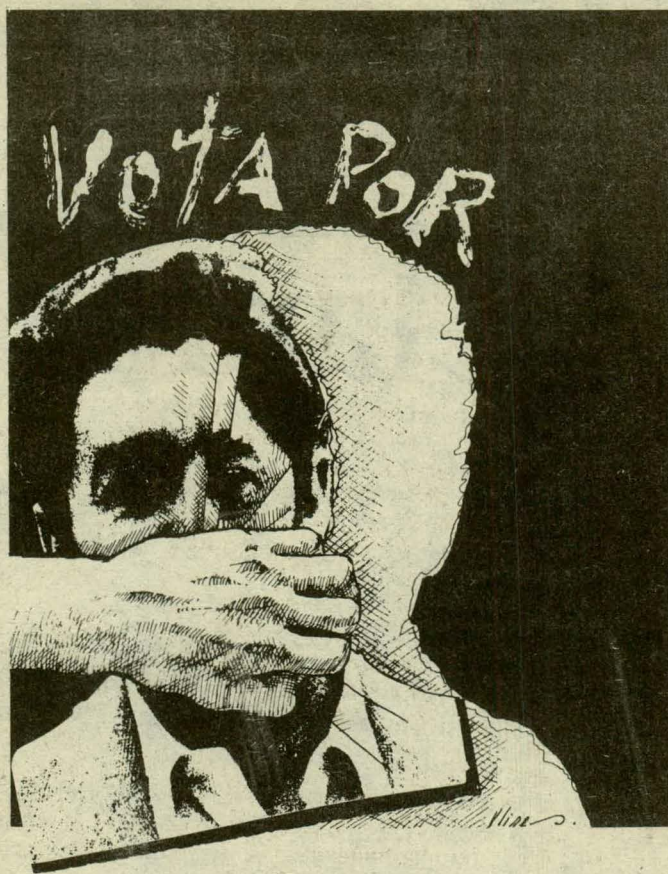
"En distintas ocasiones hemos expuesto nuestro punto de vista acerca de las acciones armadas en el período actual. En la resolución del sexto pleno del comité central, dijimos: 'A medida que las masas, especialmente obreras, abren ciertos cauces a su acción reivindicativa y política, avanzan en la conquista de sus derechos —aún en forma parcial y temporal— y se hace más clara la lucha de tendencia en la clase dominante y en el seno mismo del gobierno, la actividad de los grupos guerrilleros se aparta cada vez más de lo que es hoy una táctica adecuada para hacer avanzar el movimiento revolucionario'.

"En los últimos meses, el movimiento guerrillero sufrió un fuerte golpe con motivo de la muerte del dirigente revolucionario Lucio Cabañas y la posterior dispersión del núcleo que formaba el Partido de los Pobres. Lucio fue un luchador honesto y limpio, al que las represiones y arbitrariedades gubernamentales lanzaron a una lucha armada que durante largos años se mantuvo en la sierra de Guerrero, porque logró atraerse a masas importantes de campesinos que lo respetaban y seguían. Pasará a la historia como uno de los jefes revolucionarios más íntegros surgidos del pueblo mexicano. Su lucha no será estéril y su contribución enriquecerá el patrimonio del movimiento social de nuestro país. La forma de lucha que eligió en el último período de su vida no correspondía al estado del movimiento y era previsible que terminaría con la derrota.

"La muerte de Lucio Cabañas y la dispersión de sus fuerzas, contribuyen a que las acciones de los grupos armados se conviertan en acciones terroristas aisladas, cada vez más desligadas del movimiento revolucionario de masas y carente de sentido revolucionario. Al fijar nuestra posición ante ellas, no podemos partir de los deseos y las intenciones subjetivas de quienes las realizan, sino del significado político que adquieren y del papel real que ejercen en el desarrollo de la situación nacional".

En un pasaje anterior de ese informe, Martínez Verdugo denunció la situación que privaba en Guerrero, después de los golpes mortales a la guerrilla montañosa. En esa entidad, dijo Martínez Verdugo, "continúan los secuestros y asesinatos de ciudadanos pacíficos a los cuales el ejército atribuye haber tenido ligas con la guerrilla de Lucio Cabañas, en la actualidad se calcula que el número de personas

PLAZA DOMINICAL



TERRORISMO ■ Ulises

detenidas en los campos militares de Atoyac y el Distrito Federal se acerca a 500. Entre ellos se encuentran la madre, la esposa y los tres hermanos menores de Lucio Cabañas, algunos militantes del Movimiento Revolucionario del Magisterio y numerosos campesinos y trabajadores de la sierra".

Diez años después de este informe, su autor está preso, en manos de dos de los hermanos menores de Lucio Cabañas cuya participación denunció entonces; y es, junto con Félix Bautista, víctima de una de las "acciones terroristas aisladas, cada vez más desligadas del movimiento revolucionario de masas y carentes de sentido revolucionario" a que también hizo referencia en su documento.

El secuestro de Martínez Verdugo es, a la vez, varios secuestros. El propio partido al que pertenece, permanece como rehén. Y lo es, asimismo, la izquierda en su conjunto, aun la que encuentra, con pésimo sentido de la oportunidad, ocasión para formular ahora reproches a conductas partidarias ajenas. Lo está, en último término, la posibilidad entera de llegar a una sociedad plenamente democrática.

La causa, o el pretexto para el secuestro de Martínez Verdugo es, para decirlo brevemente, sin la gran cantidad de detalles significativos que envuelven el episodio, la siguiente: una porción, por cierto determinada sólo aproximadamente, del dinero pagado como rescate al Partido de los Pobres por la libertad del Ingeniero Rubén Figueroa, fue a dar al Partido Comunista. Dirigentes de éste lo recibieron, no como aportación de los guerrilleros, ni directamente de ellos, sino en custodia, porque el encargado de su guarda, el profesor Félix Bautista, salía

al exilio. Una parte de ese dinero se empleó en comprar la casa que es hoy sede de la Jefatura del PSUM, otra se usó para remozarla, y el resto, hasta sumar quizá cinco millones de pesos, en la compra de elementos necesarios para la acción partidaria.

Desaparecido el Partido de los Pobres por la batida militar rigurosísima suscitada por el secuestro de Figueroa, nadie se ocupó del asunto. Nadie, tampoco, se planteó la cuestión de si era lícito para un partido que desestimaba la lucha armada hacerse de elementos materiales mediante recursos provenientes de aquella. Esa, sin embargo es una consideración que podemos formular hoy, a destiempo. En aquellos años en que el PCM se esforzaba por salir de las catacumbas, en que la represión aún hacía víctimas entre sus militantes, tuvieran o no vínculos con la lucha armada, el asunto aparecía en términos más desearnados: eran, al fin y al cabo, medios materiales puestos al servicio de una idea política, la misma en el fondo que movía a Cabañas, aunque éste hubiera elegido vías distintas a la del PCM para hacerla realidad. No obstante esa consideración, el propio Martínez Verdugo dispuso que el dinero se empleara en la adquisición de un inmueble, que no se diluyera en los gastos del partido, sino que fuese parte del patrimonio permanente del mismo.

Una década después de la debacle del Partido de los Pobres, un grupo se ha propuesto lanzarlo de nuevo, recogiendo para ello la herencia de Lucio Cabañas, incluso la financiera que se sienten legitimados a reclamar. Sus pretensiones, aun desde el punto de vista meramente económico, son desorbitadas. Han llegado a hablar de que hoy el equivalente al di-

nero que salió del control del Partido de los Pobres asciende a 200 millones de pesos. Pero sus pretensiones políticas lo son más todavía. Probablemente vinculados al misterioso Partido Revolucionario Obrero Campesino-Unión del Pueblo, que ha reivindicado los asesinatos, o ejecuciones, como sus autores los llaman, de varias personas, en acciones que nunca provocaron investigación policiaca alguna, los por sí mismos denominados herederos del Partido de los Pobres han conseguido, ya, lanzar sombras de sospecha, de desconfianza, de duda al menos, sobre el PSUM y sobre la izquierda en general. Está difundándose la sensación de que se trata de un acto vulgar, una mera cobranza algo complicada, un ajuste de cuentas. En el mejor de los casos, se habla de una contienda en el interior de las fuerzas progresistas, como si fuese posible poner en el mismo nivel a un dirigente de la jerarquía personal y política de Martínez Verdugo, y a la agrupación como la que lo postuló a la Presidencia de la República; y a un grupo que hasta ahora sólo ha dicho, sin enunciar idea alguna que lo sugiera siquiera, que es revolucionario.

Pero las consecuencias políticas van más allá. No se trata, en rigor, de un secuestro, para resolver el cual se paga una cantidad reclamada y ya. Los captores de Martínez Verdugo han aclarado que con el dinero que el PSUM se muestra dispuesto a entregar, actuando bajo presión y no porque admita la legitimidad de los reclamos de los secuestradores, no se paga la libertad de los secuestrados. O sea que aun si el dinero se entrega, como ellos la consideran una restitución, podrían retener a Martínez Verdugo indefinidamente, como han hecho con Félix Bautista (intermediario en el manejo del dinero, hace diez años) desde fines de febrero hasta la fecha. Lo que eso significaría para el PSUM y para el gobierno, por la prolongación de este infausto suceso, y la consolidación de un grupo armado que actúa eficazmente, serían efectos de largo alcance cuya naturaleza excede con mucho al secuestro mismo.

Todo lo cual, ocurre, por añadidura, en vísperas de unas elecciones tensas por provocaciones recíprocas del PAN y el PRI, cada vez más claramente enzarzados en una relación sicótica de amor y odio, en vista de las afinidades que sus prácticas sacan a relucir. En medio del ensombrecimiento que en el proceso electoral provoca el que un ciudadano de tan clara vocación de servicio cívico como Martínez Verdugo, esté en manos de sospechosos secuestradores, es preciso ir a votar. Si se trata de hacerlo simplemente por programas, el autor de la Plaza dominical dudaría entre varias opciones, el PRI incluido. No perteneciendo a ningún partido, como quiere hacer mientras se dedique a este oficio (es decir, toda la vida) puede escoger, según las coyunturas, hacia dónde orientar su voto, que hoy depositará en favor del PSUM.